

«El mundo es demasiado pequeño... Quisiera abrazarlo totalmente»

Sor Marina Motta

Partió muy joven desde la campiña lombarda, se dedicó a los emigrantes en Estados Unidos, realizando obras entre los pobres de todo el mundo. Por su iniciativa y decisión marcó con su impronta apostólica misionera la segunda mitad del siglo XIX. Mujer de rica espiritualidad, de temple lombardo, emprendedora de obras con las que puso de manifiesto su fe, fue una de las primeras en comprender la gran necesidad de la emancipación femenina como signo de una más amplia promoción humana.

FRANCISCA Cabrini nació el 15 de julio de 1850, en San Angelo Londignano, en una familia campesina, terrateniente, rica en fe y en piedad. Después de haber conseguido el diploma para poder enseñar, al quedarse huérfana de ambos padres, enseñó durante dos años en la vecina escuela de Vidarno. Hay un episodio que manifiesta el carácter valiente e indómito de esta mujer: consiguió obtener del alcalde anticlerical del pueblo el permiso para enseñar la religión en la escuela a pesar de que lo prohibían las leyes gubernativas.

Desde su infancia, Francisca Cabrini había cultivado el deseo de ir a misiones a

Oriente, sueño que no pudo realizar entonces. En dos ocasiones no fue aceptada por dos institutos religiosos por su salud enfermiza, pero en 1874 el párroco de Codogo le propuso ocuparse de los huérfanos de la Casa de la Providencia, junto a Antonia Tondini, la fundadora del centro. Fueron para Francisca años de dificultades y sufrimientos (dirá ella misma que “lloró mucho”). Se fue a un instituto religioso, pero conservando el nombre de Francisca, al que quiso añadir el de Javier en memoria del Santo patrón de las misiones.

Mons. Gelminu, obispo de Lodi, intuendo el designio de Dios sobre Francisca,

la animó a fundar un nuevo instituto: «Tú quieres ser misionera, le dijo, el tiempo está maduro; yo no conozco un instituto de misioneras; funda tú uno».

El 14 de noviembre de 1880 con siete compañeras fundaba las Hermanas Misioneras Salesianas del Sagrado Corazón, convertidas en 1889 en las Misioneras del Sagrado Corazón de Jesús. Para hacer realidad su ideal misionero, desechó numerosas invitaciones de otros fundadores. En 1887, llegó a Roma y, superando la oposición del cardenal Vicario que le pedía que volviese a Codogno, fundó la casa central del instituto. En Piacenza toma contacto con Mons. Giovanni Scalabrini que compartía con ella la urgencia de una misión en América junto a los emigrantes italianos. Él mismo se había dado cuenta de las condiciones de los emigrantes yendo personalmente a los Estados Unidos. Durante la audiencia con el Papa León XIII, una frase dicha por él, «¡No a Oriente, Cabrini, sino a Occidente!», convenció a la santa sobre el designio de Dios para ella y, a los 39 años, a pesar de estar enferma de los pulmones y que los médicos le habían pronosticado dos años de vida, renunció a China y partió en 1889 con siete compañeras en una nave que transportaba en tercera clase 900 emigrantes.

Los primeros pasos en América.

«¡Pobres emigrantes –escribió años después en una carta– explotados tantas veces por los que se les ofrecen como sus protectores!, y engañados tanto más cuanto mejor saben colorear sus intereses privados con el manto de la caridad y del amor patrio. Veía en mi viaje a nuestros queridos connacionales, esforzándose en la construcción de ferrocarriles en los lugares más intrincados de las montañas, a miles de kilómetros de los poblados, separados du-

rante años de sus familias, lejos de la Iglesia, privados de aquellas santas alegrías que en nuestras campiñas el pobre campesino tiene al menos el domingo, cuando deja la azada, y con su traje de fiesta, después de haber consagrado la mañana al servicio divino y oído la palabra del sacerdote que le recuerda la nobleza de su origen y de su destino y el valor del trabajo, y tiene un día entero para dedicarlo a la familia (...) y poder reemprender el trabajo al día siguiente con el ánimo recobrado».

En Nueva York las Hermanas no encontraron a nadie que las acogiese y el mismo arzobispo Corrigan, que las había llamado, viendo las dificultades de tal empresa, les aconsejó volverse a Italia. Las Hermanas parecían tener tanta fe que, ¡ay de mí!, era poco el dinero para las obras del Señor, pero él pensaba que todo el “dinero” era poco”. Hace falta mucho “dinero”. Francisca le respondió: Monseñor, nosotras estamos aquí por orden de la Santa Sede y debemos permanecer.

Abrió la primera escuela femenina en un modesto apartamento ofrecido por la Condesa de Cesnola, y con sus Hermanas llegó a los barrios más degradados de la ciudad, realizando cada día kilómetros de calles y entrando sin miedo en ambientes espantosos de miseria y violencia. Madre Cabrini se encontró inmediatamente con las condiciones de los emigrantes italianos *«que eran tratados como esclavos de modo que tenía que disimular mi amor patriótico para no sentirme herida»*, y así con trabajos innumerables durante toda la vida para integrar a los emigrantes en la realidad social americana, pero al mismo tiempo reforzando también en ellos el sentido de pertenencia a la identidad italiana y católica.

En esta promoción social, Francisca usó una técnica cuyo principio era convencer a los italianos ricos para ayudar a los otros italianos menos favorecidos. Y algunos de

sus bienhechores, convencidos y empedernidos anticlericales, la ayudaban atraídos por su carisma más que por las razones religiosas. Esta mujer, con frecuencia enferma y débil, pero incandescente en la acción y en la fe, de pocas palabras, pero lanzada en los hechos, sorprendió a los más poderosos del mundo americano.

Una expansión inesperada

Su comunidad logró en seguida un desarrollo extraordinario: hospitales, escuelas, orfanatos, clínicas en Nueva York, Brooklyn, Scranton, New Jersey, Philadelphia, New Orleans, Chicago, Denver, Seattle y California. Francisca fundó también una escuela superior femenina en Buenos Aires.

«Se ha dicho que si Cristóbal Colón descubrió América, Francisca Cabrini descubrió a todos los italianos en América. Pero sintiéndose auténtica patriota en todas las circunstancias particulares que la llevaron a convertirla en ciudadana americana en 1909, su ideal misionero permanece siempre genuino, sin fronteras de razas y de geografía» (G. Pelliccia).

Una carta de Madre Cabrini, escrita a las participantes del Congreso de mujeres italiana en Roma en 1908, revela las extraordinarias capacidades de observación y de análisis de las condiciones sociales de los emigrantes, en particular de las mujeres. Una emprendedora de gran altura, y al mismo tiempo una intelectual capaz de escribir páginas eficaces de denuncia social, se conjugaban con la intensa espiritualidad de la santa misionera.

Orfanatos, escuelas y hospitales en los principales centros de emigración, (...) se convirtieron eficazmente en ayuda de nuestros pobres connacionales. Las Hermanas educan a sus hijos, se ocupan de los que son víctimas del trabajo, especialmente en las minas, o en las casas desdichadas

que han dejado huérfanos, los curan cuando sucumben bajo el peso de la enfermedad, se obligan a tener en condiciones el hospital, o a los enfermos, que todavía pueden ir por su pie, los acompañan al dispensario para ser curados sin tener que abandonar la familia.

«Pero sintiéndose auténtica patriota en todas las circunstancias particulares que la llevaron a convertirla en ciudadana americana en 1909, su ideal misionero permanece siempre genuino, sin fronteras de razas y de geografía».

Pero todo esto es poco; he calculado que serán unas 50.000 las personas beneficiadas anualmente por esas instituciones, y esta cifra se quedaría corta si no se le añadiera la parte más hermosa, más noble, más santa y más humanitaria de la misión que yo llevo tan en el corazón entre los emigrantes, que es la que componen nuestras Hermanas en los distintos países. Buenos son los orfanatos, excelentes las escuelas, formidables los hospitales, pero no todos presentan igualmente el óbolo de la caridad, porque no todos tienen necesidad de ello. Pero hay una caridad de la que todos nuestros emigrantes tienen necesidad, es la caridad que se debe ejercer con todos, sin distinción y especialmente con la mujer.

Animada por un fuego permanente

«Si para cualquier pobre es difícil la vida, lo es doblemente para el emigrado en país extranjero. (...) ¿Qué hay que desear para esos millares de obreros que con el sudor de su frente se ganan el pan de cada día, que en las empresas de construcción, en las mi-

nas, en los ingentes trabajos ferroviarios, ponen en peligro sus vidas, y con frecuencia, son mártires oscuros e ignorados por el mismo trabajo, que encuentran al final de su laboriosa carrera, lejos de la familia, privados de cualquier consuelo, en las oscuras cavernas de una mina? ¿Qué se puede desear para el enfermo que gime, abatido por el dolor en las monumentales instituciones que la caridad americana ha erigido a costa de su bienestar? ¿O para el pobre prisionero entre los hierros, que tal vez bajo la amenaza del patíbulo o de la silla eléctrica, descuenta las horas de indecible angustia por el delito de un momento, o, por la mala suerte, el que otros han cometido?

Para todos nuestros hermanos connacionales se requiere la palabra amiga del consuelo, el ánimo, la ayuda material cuando sea necesaria, y sobre todo tener despierto en ellos aquel sentimiento religioso que es el mayor don que les ha hecho nuestra patria, aquella fe profunda que, enraizada en sus almas, es el vínculo más fuerte que los tiene unidos al país como nación.

Emerge la fisionomía espiritual de Madre Cabrini, caracterizada por una feliz armonía entre naturaleza y gracia, interioridad y apostolado, una ascesis tradicional y uso de los más modernos medios de acción misionera

La fe que les muestra un término feliz de sus fatigas y sufrimientos; que les exige serias obligaciones, la observancia exacta de los deberes del propio estado, la resignación ante la propia suerte sea la que sea, mientras les prohíbe el envidiar a los poderosos, a los ricos, a los adinerados, mostrando como un faro luminoso de salvación el hermoso día en el que todos los miembros de la familia

humana se encuentren unidos en un sagrado vínculo de caridad en la verdadera patria, en la que ninguno emigrará, porque allí el gozo será eterno».

Juntamente espíritu y modernidad

De aquí emerge la fisionomía espiritual de Madre Cabrini, caracterizada por una feliz armonía entre naturaleza y gracia, interioridad y apostolado, una ascesis tradicional y uso de los más modernos medios de acción misionera. Animada por el deseo de llevar la salvación a todos y rápidamente solía decir: «*El Corazón de Jesús tiene tanta prisa en hacer las cosas que yo no consigo ir por detrás*».

En la incansable laboriosidad de esta mujer, emerge un ímpetu que recorre de manera totalmente natural el tema de las alas y del vuelo: «*Soltad y levantad las alas*» era la admonición a sus hijas para impulsarlas a utilizar bien el tiempo que huye. La rapidez con la que se movía, decidía e intervenía, le permitía una gran autonomía con la Institución eclesiástica: «*Huía en cierto modo de la influencia del clero, –escribe De Luca– no porque fuera desobediente, sino porque era muy rápida y con frecuencia, demasiado exigente de cuanto sus fuerzas podían regir y gobernar*». La modernidad de Madre Cabrini, sin embargo no consistía simplemente en adecuar la vida religiosa a los nuevos tiempos; su compromiso en el trabajo, y el empeño que pedía a todas sus Hermanas, no tenía nada que ver con la “obsesión por el trabajo” que absorbe la vida de tantos hombres y mujeres de hoy. Madre Cabrini «*deseaba hacer lo que Dios quería*». En todas sus iniciativas, el objetivo único y principal era la difusión del mensaje cristiano, sobre todo en relación con los emigrantes que «*con la patria terrena, podían perder la eterna*».